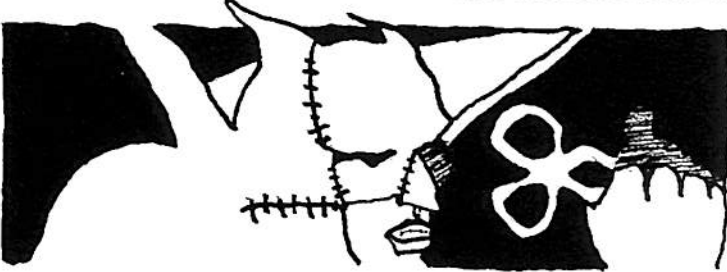


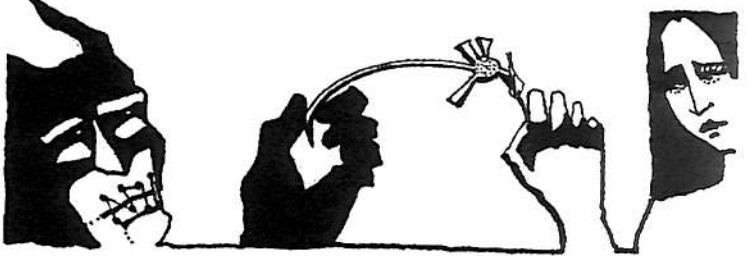
TRISTES GUERRAS



TRISTES GUERRAS
SI NO ES AMOR
LA EMPRESA.
TRISTES, TRISTES.



TRISTES ARMAS
SI NO SON
LAS PALABRAS.
TRISTES, TRISTES.

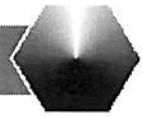


TRISTES HOMBRES
SI NO MUEREN
DE AMORES.
TRISTES, TRISTES.



POESIA DE MIGUEL HERNÁNDEZ, DISEÑO
E IDEA DE MARYCARMEN ZEPEDA MORENO

ME 07
98



Gente del mundo: números, palabras y dibujos en Chimal

Eduardo Osorio

1



pareciera que, en la equidistancia de pensamientos, cuando Francis Fukuyama alcanza el fin de la historia, Alberto Chimal se propone comenzar a escribirla. O a recordarla...

El autor del presente artículo funde, confunde, resume, amplía, dos charlas para la presentación pública del libro *Gente del mundo* (CONACULTA, México, 1998); la primera ocurrió, en enero, en la Casa tunAstral de Toluca y, la otra, en marzo, en la Casa del Poeta, en la ciudad de México.

2

Intriga que el joven Chimal, con ese su humorismo tan refinado, posmoderno y siempre eficaz, coincida con el folclorista guatemalteco Carlos René García Escobar quien, con solemnidad, no oculta un asombro intenso tras su lectura de *Gente del mundo*; ese pergamino que, pudiera presumirse, tal vez fue rescatado del Mar Muerto por arqueólogos exploradores y cuya autoría los editores mexicanos atribuyen a Damac de Jeramow.

Carlos René, investigador afanoso de las culturas originarias de Centroamérica, sugiere que acaso este libro pretenda, tal como creen los filósofos sencillos de su tierra, la virtud como forma de sabiduría, como ruta de salvación para el Universo amenazado y, por ende, para nuestra especie sempiternamente en extinción. *Gente de virtudes*, pudo titularse.

En efecto, sin ubicarse en el rango de cartilla moral, hablamos de un libro religioso transcrito con acuciosidad mística de paganos. A ojo simple, resulta inocultable su búsqueda de cierta universalidad del espíritu que, sin llamarse dios, se expresa en la creación espontánea de cada día, en los hechos terrenales que hacen trascender a mujeres y ancianos, a sabias y hechiceros, a niños y sacerdotisas, a elegidas y visionarios; todos ellos dispersos a lo largo y ancho de una comarca casi gótica que es el Cosmos, donde se detectan 2 mil 375 pueblos cuyo registro nos fue legado como un compendio de compiladores.

3

¿Cómo podemos saber con exactitud que son tantos, y no dos mil 373 ó dos mil 374, los pueblos que en *su* mundo han sido?

Cada pasaje del libro ocurre como invitación al goce de nuestro caos individual, generacional y de especie; un alebrije de no-autor, tal como Felipe Vázquez, en su *Vitrina del anticuario* (CONACULTA, México, 1998), gusta denominar a los presuntos derrelictos, manuscritos rescatados de botellas al garete, de bibliotecas hipotéticas o, más recientemente, del ciberespacio: mensajes anónimos o casi, hallados por creyentes internautas como Felipe.

Por mero acaso, *Gente...* eligió a Chimal como medium de Jeramow, que a su vez se muestra como portavoz de otros, como Naöl de Gamul, Araghe, Ganuga el Valiente y toda clase de antropólogos casuales, historiadores, estadistas falsos, poetas verdaderos, paleógrafos y demás rescatadores de ese mundo (análogo al nuestro pero diferente en tiempo) que, según referencias y acotaciones bibliográficas del libro, sistematizaron a profundidad un cierto conocimiento sobre una realidad dada.

Si bien la mayoría de textos nos sugiere características de oralidad, también resalta su pulcritud metodológica, una aspiración científica en pos de la certidumbre, cacería de esa verdad como *leit motiv* de toda religión. Y aquella que pretende

encontrar Alberto puede explorarse incluso como recreación matemática, con una clara urdimbre binaria que enfrenta constantemente al Cero y al Uno, al Todo y a la Nada, al Tiempo y al Espacio, Vida y Muerte, Sociedad e Individuo.

Por ello, de manera natural, el tejido diseñado por el narrador desemboca en una visión dialéctica que infiltra cada línea y cada guerra del libro, cada silencio y cada imagen, hasta dimanar en explicaciones socioantropológicas sobre por qué gonavendagos y htovarraky no pueden subsistir los unos sin los otros: ambos completan un arquetipo de aquellas naciones como Blefusco y Liliput enfrentadas por rigurosa urgencia cultural.

De igual manera, el ordenamiento aritmético del libro (dos textos, una ilustración) implica un papel específico asignado a cada número. Las cifras no surgen entonces por un azar veleidoso y de modo abierto insinúan que algo nos quieren comunicar. Bajo dicho orden, integran poco a poco cadenas de incesante contraposición escritural, en un tramado concreto, de índole binaria siempre, como cuando los textos denominados “Odio” y “La paz”, aparecen juntos, separados-unidos por cierta ilustración (que tampoco es casual) en torno a los míticos cuidadores de la vid (lámina número 665 de Kadousi). Es decir, cabe proponer que tantos números corresponden a un programa por cumplir y la disposición de las historias no sucede por chispazos de fantástica genialidad, sino como ingeniosa trama de un autor que nada abandona al desgaire.

Este divertimento matemático en aras de la verdad (ignoro si fundamentado en alguna presunción numerológica), va más allá de la exactitud e incide en otras lecturas probables del libro. En especial, se vincula al poderoso don adánico que Chimal también recupera para sí y lo graba con indeleble impronta al fijar la denominación de tantas ciudades y etnias. A esta nomenclatura volveremos con más detalle líneas abajo.

En cuanto a los guarismos, es pertinente recordar que en su vertiginoso trayecto editorial, el autor ha insistido con obvia pasión en preponderar las cifras como parte de su lenguaje personal, tal como corroboran su ópera prima *Los setenta segundos* y su prestigiado libro *La luna y 37'000,000 de libras*.

No es válido conjeturar, entonces, que la fórmula

$$(3 \times 5)^3 - (2 \times 5)^3 = 2,375$$

sea mera casualidad al enumerar tales comunidades. Creo que esta recreación algebraica (a la que, confieso, también soy afecto durante los solitarios procesos narrativos), incumbe, por encima de alguna intención mágica o especulativa, a la parte juguetona del pretexto literario, a la construcción íntima de un modelo que estimula al escritor para la conclusión de cierto plan en ciernes. Al menos, este es un posible manejo de los números; en el caso de Chimal, ignoro sus motivos.

4

La abundancia de números no pasaría de ser tan sólo una curiosidad de lector respecto a los mecanismos internos de jugar la palabra, pero permean sutilmente el paisaje. En cambio, las aspiraciones profundas del libro se hermanan más con aspectos antropológicos y lingüísticos, con la filosofía, que con el álgebra.

Así, en principio, el ludismo intrínseco de esta no-historia impone como posible el hallazgo de una literatura paralela a la nuestra, pero también pu-



diera traducirse como un recorrido del lector hipotético por los orígenes de la literatura universal.

Para transitar este camino, debe advertirse desde el inicio la diversidad de texturas entre las historias, lo cual permitiría reconstruir los primeros pasos hacia la expresión gráfica del pensamiento humano, cuando el dibujo prefiguraba la narración. Génesis que también explicaría la preeminencia que el libro otorga a las diecisiete láminas de Kadousi el Magnífico, dimanando en potentes crónicas, relatos sugestivos, cuentos redondos –lámina 27, los fayágora, “los que volvemos al comienzo”:

varios inclinan la camilla en la que está un viejo, para dejarlo caer en una grieta llameante.

El poeta Luis Antonio García Reyes, también lingüista, encuentra que muchos de los nombres de *Gente...* coinciden muy frecuentemente con la arquitectura idiomática de los antiguos babilonios. Una revisión somera de la historia y literatura de los harappana del Valle del Indo, hace cuatro o cinco milenios, mostraría notables semejanzas con los nombres de aquellos pueblos y, más aún, con el retrato de sociedades nómadas en pugna con los pueblos establecidos; guerras de saqueo o conquista que indujeron al encuentro de costumbres, cuestión que en nuestro tiempo conducirían a mirar el pasado propuesto por Chimal como una metáfora contundente de nuestro mundo.

Más aún, cierto manual sobre política y arte de gobernar, el *Arthashastra*, uno de los textos sumerios más antiguos que conocemos, contiene detalles y conclusiones aterradoras –“El gobierno es la ciencia del castigo”– que no distan mucho del humor de Alberto en, por ejemplo, su texto “Igualdad”:

todos, sin importar su cargo [...] debían aceptar una mutilación: la pérdida de alguno de sus dedos, de sus miembros[...] Así compensaban y amortiguaban el poder que les era otorgado.

Por supuesto que a tal sincronicidad no pueden escapar, pese a cuatro mil años de separación entrambos libros, la curiosa selección de personajes: “brahmanes incapaces, mercaderes en desgracia, barberos, astrólogos, humildes servidores, prostitutas, labriegos” que integraban la caterva de espías del emperador sumerio y los “rascadores de moscas, soñadores de piedras, tañedores de sal, sumadores de muertos” que Chimal cita en “Los oficios”.

Si de aquella esplendorosa Mesopotamia –misma que traza grandes ejes para la civilización, tal como la concebimos históricamente, con códigos establecidos para sociedades de leyes, de política ordenada y lenguaje escrito–, ahora se le pondera gracias a uno de sus textos fundamentales, el *Código de leyes* (el antonomástico diente por diente de Hammurabi) y sus 282 proposiciones; *Gente...* abre justamente con la *Ley eterna* de los ehrmanunt y sus “1,538 proposiciones sobre la naturaleza del mundo”.

La semejanza entrambas nomenclaturas, finalmente, debe entenderse como presencia del azar más que a una supuesta in-

fluencia de las voces babilónicas. Carezco de solidez para esta argumentación lingüística; me baso en una situación personal. Recuerdo a Chimal, durante una de sus temporadas de estudio sobre literatura fantástica, leyendo un ensayo sobre cómo un experto creador de universos con lógica propia, J. J. R. Tolkien, diseñaba los nombres para sus personajes y pueblos. Alberto me enseñó algunos pasajes donde se probaba que nada era casual en el don adánico del creador de *El señor de los anillos*: patronímicos, apodos y gentilicios provenían de un juego entre lingüístico y matemático que sólo podía jugarse con una gran dosis de creatividad.

Este es, creo, el caso de *Gente...*

5

Los paralelismos incesantes de *Gente...* con la literatura antigua no se remiten únicamente a los pueblos asentados en torno al Eúfrates y el Ganges; en general, presentan rasgos de varias civilizaciones fluviales como la egipcia y la china. Ello nos remite a examinar con mayor atención el valor conferido por el autor a las láminas de Kadousi.

El libro está conformado por 36 textos brevísimos y 17 láminas sugeridas, pero unos y otras conforman un lenguaje común; hablamos de un liminar, un apéndice, 34 cuentos escritos y 17 cuentos dibujados (considérese el cuadro-texto final, denominado gaash: los que somos dragones, lámina 999: “Una multitud huye en desorden, en todas direcciones, de una casa en una loma. La puerta de la casa está entreabierta”. ¿Quién no imagina una historia de terror fantástico?). Una filigrana de fechas, nombres, bibliografías, crea una finísima trama que unifica el todo como un lenguaje interdependiente: leer el libro sin una cuidadosa atención a los cuadros es como pasar las páginas sin una lectura de los textos.

Las formas de este complejo lenguaje nos sugieren, virtualmente, variaciones dadas al jeroglífico egipcio en sus literaturas hierática (concomitante al tono sa-

cerdotal en algunos pasajes del libro de Chimal) y demótica (conciencia del autor sobre lo popular). Igual que sucedió en alrededores del Nilo, en *Gente...* se emulsiona tenuemente la noción del límite entre lo documentado pictográficamente o por escrito y aquello que proviene de las tradiciones orales. Resume con diversos modos narrativos anales perdidos, testamentos, reseñas, memoriales, crónicas, y mucho de las especulaciones filosóficas que nutren una literatura, como la egipcia, de temas funerarios, de cánones culturales y cosmogonías en formación.

Esta mimesis interior reitera sus concordancias con uno de los primeros textos del Egipto antiguo: *Historia del naufrago* (escrita durante la dinastía XII, c. 2000 a.C., tiempo de esplendor, periodo clásico de su literatura), donde hay un implícito azoro del escriba al descubrir por accidente la amplitud del mundo exterior y sus esperpénticos o lúcidos habitantes, sus pueblos distintos y costumbres extrañas. Como el conocido Sinuhé, exiliado en Siria, que al paso coteja costumbres propias y extrañas y, al retornar a su patria piramidal, lo primero que hace es recuperar los usos de vestir.

Conciencia de la Otridad deslumbrante que, entonces como ahora, demanda tolerancia entre distintos.

“Mi casa me entregó en matrimonio, bajo otro cielo. Me dio en custodia en tierra extraña [...] Desearía ser un cisne amarillo para regresar a mi antiguo hogar”, entre lágrimas, lamenta su desarraigo una exiliada anónima en un texto de la época T’ang (s. VII-X d.C.), periodo durante el cual se observa un sobresaliente desarrollo de la fábula y el relato fantástico, con viajes a través del tiempo, zonas fantasmales y romances que, para algún especialista, son simiente de la narrativa de ciencia ficción (cuestiones obsesionantes por maravillosas que marcan e inician, por cierto, a Chimal como escritor).

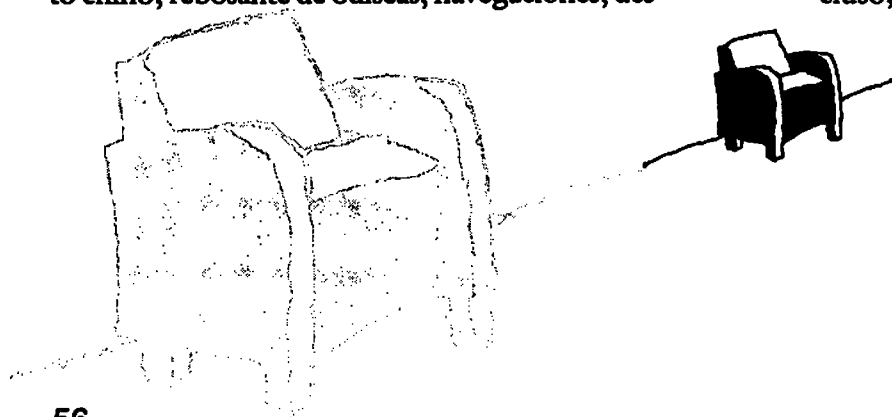
6

Desde su preferencia por el texto breve, el libro presenta de igual manera reminiscencias del cuento chino, rebotante de odiseas, navegaciones, des-

tierros (como el *Li Sao*, de Qu Yuan, el más célebre poeta de la China Antigua) y exploraciones (el *Comentario del libro de las aguas*, de Li Tao-yuan, en el cual se promueve, por encima del mero encuentro geográfico, un cuestionamiento a las limitaciones físicas de los pueblos aislados). En *Gente...* las sociedades descritas casi ignoran el intercambio económico o cultural con otros grupos y ello apunta hacia otra agudeza del autor: Alberto Chimal, hijo favorito y estudioso de esta globalidad finisecular, soslaya dichas relaciones nodales al describir su Cosmos porque, aventuro, para él los verdaderos problemas de nuestra especie no radican en el intercambio comercial de los productos humanos sino en la perdurabilidad de la obra que nos es común.

En otro sentido, si le ubicamos dentro del catálogo de libros que aspiran a una clasificación del Universo, quedaría inserto entre el periodo gráfico que incluye las literaturas egipcia, china, hindú y otras, y el preático del clasicismo griego, cuando la dinámica homérica deja todos los finales y moralejas en manos de los dioses (en Chimal, lo terreno desaira a lo divino). Sin embargo, se localizaría antes, muy lejos, de los periodos yámbico y mélico.

Pretende, como el escriba antiguo, rescatar aquellas civilizaciones fabulosas emparentadas con la Atlántida, que motivan la añoranza de naciones perdidas con cierta semejanza a las nuestras; ciudades o pueblos desaparecidos cuya existencia convalidaron a plenitud historiadores antiguos, pero cuya majestuosidad resultó improbable. O persigue aquellas, como Camelot y Aztlán, que constituyen parte de una tradición fundacional que legitima la historia de pueblos actualmente vivos, como los de Gran Bretaña y México. O, bien, sitios de riqueza legendaria como Jauja, El dorado o Lyonesse (nación ésta de virtuosos, país de clima perfecto donde la miel abunda y las vacas dan leche cremosa) que obtuvieron durante mucho tiempo la fe de cronistas e historiadores, pero nunca la confirmación por parte de exploradores y aventureros enfebrecidos que fueron tras ellas, incluso, al precio de sus avariciosas vidas.



Esta indagación, como en la bibliografía interna de *Gente...*, sería interminable. Pero, de modo infalible, conduciría tarde o temprano a Luciano de Samosata, el primer satírico que embroma a crédulos y conmueve a incrédulos respecto al saber geográfico; Luciano se burla del temor al *Mare Ignotum* y aun de la *Isla de los sueños* a la que Hesíodo creyó posible.

Como evidencia Erich Auerbach en su estudio sobre Rabelais, Luciano es una fuente inspiradora de Gargantúa. Cuando Auerbach rastrea pasajes sobre la boca del gigante es imposible dissociar el humor de Rabelais y el de Chimal. El texto “Valor” resulta pantagruélico de lado a lado al reseñar al pueblo obeso de los magok-da cuyos jinetes “deben cabalgar sobre dos o hasta tres monturas al mismo tiempo” y que, ya en batalla,

es extraño y no poco aterrador ver guerreros magok-da en pleno vuelo, a veces girando sobre sí mismos, lentamente, y otras con la mirada fija en los soldados enemigos sobre los que caerán [...] Un solo guerrero, al dar contra el suelo, puede matar a varias decenas (de enemigos).

Para apuntalar su humor fantástico, a Rabelais y Chimal les fascina dar números, por cierto; inventar pueblos por doquier, cotejar las costumbres estrambóticas y relatarlas como si aquello lejano estuviera vigente o pudiera ocurrir en cualquier instante.

La resultante de formas comunes no puede ser otra que un trasfondo afín.

Eso es “el del descubrimiento de un nuevo mundo, con todo el asombro, los desplazamientos del horizonte y los cambios en la imagen del mundo que tal descubrimiento trae consigo. Éste es uno de los grandes temas del Renacimiento y de los dos siglos siguientes, uno de los resortes fundamentales de la revolución política, religiosa, económica y filosófica”. Así razona Erich Auerbach en *Mímesis* (Fondo de Cultura Económica, México, 1982) sobre Rabelais y, en Chimal, uno recuerda nuestros tiempos en que nada queda por

descubrir; que, en todo caso, el asombro proviene de haber topado con los horizontes del Discovery Channel y el cambio frente al espejo de nuestra propia imagen (somos la generación que sintió posible la conquista de otros planetas y, al mismo tiempo, se encontró solitaria ante la ausencia de ética política de sus dirigentes, abandonada en el mundo de las neoliberalidades y aturdida dentro de un Universo, que más que un posible Renacimiento, se observa en inexorable expansión).

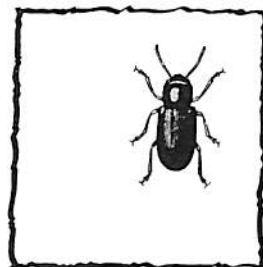
El otro modelo literario del autor francés fue la *Utopía* de Moro (Auerbach recuerda que, en un principio, Rabelais llamó así a la tierra de gigantes), escrita doce años antes. Y Chimal, por boca de los mahldo bolor (“los que llegamos al final”, según el texto “Los últimos días”), se sabe, como todos los melancólicos de ideologías, en la Edad de las Destopías:

¿Dónde están las obras nuevas que puedan superar a las antiguas? ¿Dónde los sabios vivos que iluminen mejor y más la existencia que los muertos? En verdad, concluyen, estamos cerca ya de haber agotado las empresas humanas, de haber descubierto todo lo que estaba por descubrirse, de haber dicho todo lo que es dable decir.

8

De modo paradójico, este presunto lazo de *Gente...* con las literaturas originarias se rompe en la descripción de sus prototipos sociales, pues nos remiten más a las razas descritas por James Frazer en *La rama dorada* e, incluso, nos evoca a célebres personajes más próximos como el comandante Smith (aquella primera expedición a Marte que señala Ray Bradbury y cuyo final es el mismo de Javirod y los suyos al descubrir el Valle de Nurtambra, en “El Universo”). Igual sucede con las disquisiciones bizantinas de los unterne, semejantes a las que atribuimos a la academia de Lagado, cuyo recuerdo trasciende hasta nosotros por las referencias de Gulliver a través de Swift.

En el texto que este joven autor denomina “El pasado”, se evidencia una clave —“en sus lápidas, talladas toscamente por ellos mismos (los purunut,



los que nos dejaron), están estas palabras: “no queda ni la esperanza de su vuelta”—sobre sus reflexiones emotivas que transfieren empáticamente a los valores éticos y morales que atribuye a cada pueblo. Así, fluyen cataratas de metáforas cartográficas y de antropología fantástica, que apoyan los códigos lingüísticos, particulares y consecuentes para cada raza, y a través de las cuales, sea por errada traducción o traición deliberada, se genera una poesía intensa que incide en la épica portentosa de nuestra especie. Inclusive, se distinguen algunos recursos de la literatura teatral, mismos que domina con nitidez el autor de *El secreto de Gorko* (Premio FILIJ 1997, para dramaturgia infantil): básicamente, por medio de técnicas de alejamiento, simuladas detrás de acotaciones bibliográficas, nos induce a creer en determinadas certezas, *sus* propias certezas, consciente de que el lector parte de buscar certidumbres.

Pero, estoy convencido, en ningún momento se refiere a razas extintas; muchos de los personajes descritos pueden ser vistos en cualquier instante de nuestra cotidianidad: tránsfugas de sus pasiones, migrantes en la memoria, oriundos de la prisión, obedientes o en rebeldía, en el encuentro desesperado entre desiguales.

Este libro nos entrega cuentos de final abierto o cerrado (como el error de los au’piwa’e), crónicas brevísimas de sutil sarcasmo, relatos, relaciones de usos y costumbres, de ritos y creencias, de leyes sociales olvidadas o por consensar, con leyes tan propias de estos pueblos que hasta desafían nuestra legislación científica, historias que ocurrirán o han ocurrido o suceden, descritas con una lógica tan intrínseca que propicia la intimidad del acto creativo que debe darse entre lector y autor.

Es una descripción del arte de los pueblos: de los dibujantes p’tabrekenses, del canto de los charzah y los hamunah, de la poética siddopa, del poema colectivo de los aiyunda (redactores, acaso, del gran libro de la literatura que imagina Borges).

Reseñas de ritos maravillosos como la gastronomía magokda, el sacrificio hazoi, la funeraria an-anesdre, la magia verbal de los onibara, la estética sawu, la sucesión entre los abasilli.

Es, si creemos a los editores, un libro organizado por Damac de Jeramow y cuya edición rescata las ilustraciones de Kadousi el Magnífico (Carlos Alvarado, autor de la portada bien puede ser, a su tiempo, el medium de Kadousi).

En apariencia, *Gente...* implica una intertextualidad ficticia, con base en una biblioteca inasible pero que se troca en realidad cuando todos los libros citados y referencias bibliográficas parciales encuentran prueba de existencia en un solo libro: justamente *Gente del mundo*, que los reúne y es continuación de otro libro que alguna vez leímos y ahora (no es parte del juego) resulta casi inexistente: *Vecinos de la tierra*. Con éste, Alberto se adjudicó por tercera ocasión la beca del Centro Toluqueño de Escritores en 1996.

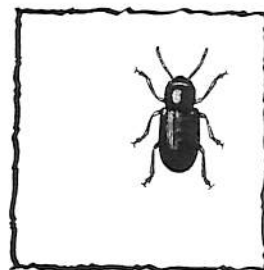
Dicha intertextualidad me devuelve al brujo Fansamer, referido en otro libro ya publicado. *Gente...* y *Vecinos...*, entonces, resumen el conocimiento de antropólogos, historiadores y lin-

güistas que a través de la escritura o la oralidad nos hacen trascender un conocimiento necesario para seguir creyendo.

Cito algunas referencias bibliográficas, volúmenes que debieron existir pues sus títulos son tan hermosos que sería una locura no haberlos escrito. Entre ellos, el famoso *Por qué no debemos creer nada escrito, escuchado ni percibido* (Naöl de Gamul), *Historia de la censura para propósitos virtuosos*, *Aguja de navegar sin sentido*, *Diván de verdades y mentiras*, las *Memorias de viajes* de Araghe, así como alusiones a poemas épicos casi olvidados como *Poesía llorando*, *Balada del hombre de plata*, *Agua que había muerto*, *Cantos del bien dudary* y los *Comentarios de la hazaña de Ganuga el Valiente*.

Me deslumbran tantos objetos colocados con exactitud, símbolos que me aturden o alientan, según el ánimo de mi lectura, pero destaco el tambor mahurutu que es como aquel ladrillo de Brecht que cita Benedetti: una muestra interna de nuestra errabunda vida. Llevan al lector hacia una profundización sobre la universalidad de la muerte, el amor, el sueño, los hechos cotidianos donde la obra humana se trasciende sin percibirlo y que nos resultan posibles porque alguien con esa voz tan poética y de tal fineza en el humor, como es la de Chimal, no puede mentirnos.

Al menos, yo no lo creo.○



Eduardo Osorio. Coordinador del Centro Toluqueño de Escritores. Ha obtenido premios locales y nacionales en poesía, cuento, novela y ensayo. Autor de una decena de títulos. Los más recientes son *Bromas para mi padre* (tunAstral); *El patio de mi casa* (H. Ayuntamiento de Toluca) e *Historias Megalopolitanas* (UAEM/tunAstral).
